

# A LA VUELTA DE LA ESQUINA

## JOYCE MANSOUR

Las frases más bellas son a las transparentes; son aquellas que nunca alcanzan obscuramente, con algo evidente que, sin embargo, no deja explicar de inmediato. Tropiezo en una, inscrita por la mano de Joyce Mansour en la primera página de uno de sus libros, *Le bleu des fonds*, publicado en 1968: "Se ha probado estadísticamente que los claros de bosque se hacen cada vez más escasos". Este tono de constatación lírica, que no admite rélicas que no sean igualmente desenfadas y poéticamente combativas, me ha recordado la figura de la autora, prematuramente fallecida en 1986.

Era egipcia, de ojos oblicuos, pelo largo y negro como el zabache, tal como conviene a una hija de Isis... Pero había nacido en Londres en 1928, escribió en francés y perteneció los últimos de André Breton. La conocí demasiado poco. En una ocasión, hace algunos años, me alegré ante la perspectiva de verla de nuevo en un festival poético donde estaba anunciada. Pero nunca apareció, a causa —lo supe más tarde— de su ya avanzada enfermedad.

La expresión "claros de bosque" en relación con Joyce Mansour y su poesía cobra su pleno sentido: sólo si imaginamos aquellos aros —el término en francés resulta más sugestivo: "clairière"— como aberturas solitarias en la noche, bañadas por la luz fría de este cuerpo celeste que más que ningún otro, se considera relacionado con la más profunda femineidad. Sus poemas parecen brechas inquietantes, son como diafragmas que se abren y se cierran en función no del grado de luz sino del grado de oscuridad imperante. Su primer libro, publicado en 1953, se tituló breve y significativamente *Criss* —Gritos— y el siguiente, dos años más tarde, *Déchirures* —Desgarraduras—. No encontramos en la poesía de Joyce Mansour nada que pudiéramos llamar dulzura femenina, pero, por otro lado, tampoco

no nada de feminismo militante. Su agresividad estaba siempre teñida de fuerte erotismo. El lector masculino no evita experimentar un evidente desconcierto ante sus descripciones del acto amoroso como una forma de canibalismo, o ante lo que fácilmente concibe como elementos profanatorios de humor corrosivo. Joyce Mansour se destacó como una auténtica heredera del marqués de Sade.

Los surrealistas parisinos solían manifestar gustosamente sus convicciones en forma de metáforas de la acción. Yo tuve ocasión de presenciar una patada magistral que hoy, aunque estuviera dirigida a otro trasero, pertenece a la infrahistoria del movimiento surrealista. La propinó Joyce Mansour. Fue en Cuba en 1967, un año después de la muerte de André Breton, cuando algunos miembros de su grupo, junto con otros intelectuales europeos, visitaron la isla, todavía convencidos de que la revolución cubana estaba en vías de transformar en realidad algunas de las ideas libertarias profesadas tan magníficamente por el gran poeta francés.

De dirección opuesta, tanto geográfica como ideológicamente, venía otro huésped: el pintor stalinista y mexicano Siqueiros, involucrado en su tiempo en el asesinato de Trotsky, hecho que lo estigmatizaba en opinión de todos, y especialmente de los surrealistas. Había sido invitado al mismo tiempo que nosotros. Durante una recepción en, si me acuerdo bien, el Palacio Presidencial o, posiblemente, en el Pabellón Cuba, Joyce Mansour se acercó resultadamente a un señor alto, de pelo rizado, que aunque estaba de espaldas ella pensó que era Siqueiros y le asestó un sólido puntapié acompañado de las palabras: "De parte de André Breton". El señor alto, de pelo rizado, se volvió con cara sorprendida. Resultó ser no el mexicano, sino el igualmente comunista, aunque por cierto suave y nada conspirador pintor francés Edouard Pignon. Me han dicho que el error más tarde se rectificó, lo que

sin embargo no tuvo la oportunidad de atestiguar.\*

A pesar de tales excesos de iniciativa y de la violencia excepcional de sus poemas, Joyce Mansour no llamó la atención sobremanera. No se dejó transformar en objeto de esa suerte de éxitos gratuitos que, por lo menos por un tiempo, suelen caer sobre las poetisas dadas a efusiones amorosas. En opinión de algunos su erotismo fue demasiado frenético y provocador, careciendo de belleza lírica. Debe de ser esa la razón por la cual su nombre generalmente no se encuentra en las antologías o en los manuales más corrientes. Su poesía sigue por lo tanto actuando en el ámbito de lo oculto: florece a la luz de la luna.

LASSE SÖDERBERG

## ROBERTO JUARROZ EN CINCO ESPEJOS

1:  
Em miro en un mirall  
i la meva imatge no existeix.

Em miro en un mirall que no existeix  
i la meva imatge existeix.

La imatge crea el mirall.  
El mirall és una imatge de la imatge.

2:  
Mi guardo in uno specchio  
e la mia immagine non esiste.

Mi guardo in uno specchio che non  
esiste  
e la mia immagine esiste.

L'immagine crea lo specchio.  
Lo specchio è un'immagine  
dell'immagine.

\* Joyce era miope y de ahí su error. Pero persistió en su propósito y una hora más tarde, con mejor puntería, propinó un sonoro puntapié en el antifonario del pintor. (N. de la R.)

3:  
Saya melihat kepada saya sendiri dalam  
cermin  
bayangan saya tak ada.

Saya melihat kepada saya sendiri dalam  
cermin kosong  
bayangan saya ada.

Bayangan membuat cermin  
Cermin jadi bayangan dari bayangan itu.

4:  
Me spectro in speculo  
et imago mea non est.

Me spectro in speculo quod non est  
et imago mea est.

Imago speculum creat.  
Speculum imago imaginis est.

5:  
Nakikita ko sa salamin  
Nawalan ang anino ko.

Nakikita ko sa salamin na wala  
Umiiral ang anino ko.

Gumagawa ng salamin ang anino  
Isang anino ng anino ang salamin.

*Versiones de E. Knowlton, tomadas de Mele, la Carta Internacional de Poesía que dirige el infatigable Stefan Baciu (University of Hawaii, Moore Hall 488, Honolulu, Hawaii 96822).*

#### PRESENTACIÓN

No es fácil ser contemporáneo de Octavio Paz. Desde el medio siglo el poeta es también un crítico vigoroso y deslumbrante de la vida pública. La crítica persistente del totalitarismo, su insistencia en el poder ético de las libertades democráticas y el ejercicio de la duda sistemática frente a la ilusión utópica, que en nombre de la felicidad universal impuso intolerancia y genocidio, son algunas de las ideas de Octavio Paz que han causado incomodidad y rechazo entre las hasta hace poco imperturbables clerencias. Pero el año pasado vivimos algunos de los días más esperanzadores y memorables del siglo XX y es un acto de legítima justicia reconocer en la de Octavio Paz a una de esas inteligencias que apostaron por la vigencia y el futuro de la democracia en la Unión Soviética y en los países

que hasta entonces formaban parte de su imperio exterior. La historia no ha terminado y como lo demuestra *la Pequeña crónica de grandes días*, Octavio Paz, lejos de contentarse con el hasta ahora feliz desenlace de acontecimientos que él meditó desde la pasión crítica, no se detiene y éste libro muestra la vitalidad de su compromiso. Cuando otros hubieran abandonado su beligerancia complacidos por una intachable victoria moral, Octavio Paz persiste, tras el derrumbe de las burocracias totalitarias, en seguir ejerciendo la crítica, insistiendo en la de un capitalismo liberal que no ha cumplido con sus obliga-

ciones de justicia social y virtud pública. Quizá sea esta última palabra la que pueda indicar la dirección de la mirada política del poeta: la búsqueda de la virtud en la plaza pública, lejos de su imposición por la sangre, convencido como está de que nuestras incipientes sociedades democráticas, aquí y allá, han de seguir aun el angustioso periplo de la libertad.

CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL

*Texto leído en la presentación de la Pequeña crónica de grandes días (FCE) de Octavio Paz, el pasado 16 de julio de 1990 en la ciudad de México.*

